

EL FUTURO DE LA UNIVERSIDAD

Dr. Guillermo Jaim Etcheverry

Desde los comienzos de la existencia de la universidad, sus misiones trascendentes han sido las de defender, ilustrar y promover la autonomía de la conciencia, la problematización, la primacía de la verdad sobre la utilidad. Pero las poderosas fuerzas sociales que han actuado sobre la universidad durante nuestro siglo han modificado profundamente estas razones de ser.

En primer lugar, la institución ha soportado una intensa presión sobreadaptativa para adecuar la enseñanza a las demandas económicas, técnicas y administrativas del momento. Se redujo la enseñanza general y se marginalizó la cultura humanística. Al igual que en la vida, en la historia de la universidad la sobreadaptación a las situaciones del contexto no ha sido un signo de vitalidad sino anuncio de senectud y muerte.

Tras este análisis, señala Edgar Morin¹: "El avance del conocimiento ha terminado por romper lo complejo del mundo en fragmentos desunidos, fraccionar los problemas, atrofiar la comprensión, la reflexión y la visión a largo plazo. La actual incapacidad para tratar nuestros problemas más complejos constituye una de las cuestiones más graves que afrontamos". Debido a esta compartamentalización del saber, la universidad ha dejado de ser un templo dedicado a las cosas del espíritu. La enseñanza parcializada ha terminado por atrofiar la capacidad de contextualizar y de globalizar, cualidades fundamentales del espíritu humano y que deberían ser desarrolladas.

Tal vez el problema central de la discusión en torno a la universidad del fin del milenio sea el vinculado con la significación que esa institución tie-

ne para el hombre y la sociedad actuales. Ante la aceleración que han adquirido los cambios en todos los campos del quehacer humano, resulta lícito formularse interrogantes tales como:

- ¿Es la universidad una institución destinada a proporcionar formación profesional para satisfacer las demandas de un mercado laboral en transformación?
- ¿Es su objetivo prioritario la producción de conocimiento de avanzada?
- ¿Debería seguir cumpliendo la función de culturizar e insertar en problemáticas más amplias a los jóvenes que integrarán la dirigencia del país?
- ¿De qué manera puede la universidad influir más directamente en la evolución social?

Una visión del mundo

Hace más de 20 años, el neurobiólogo chileno Humberto Maturana² afirmaba con respecto a la significación de la universidad:

"Un país puede existir sin universidad y ser entonces, en el conjunto de las naciones, como un pueblo chico, una provincia sin más autonomía cultural que su riqueza rural abierta al turismo y a la admiración que la candidez de su gente despierte en el visitante ávido por lo distinto y exótico.

Sus grandes hombres y mujeres serán seres pequeños, celosos de su estatura, perseguidores de otros de más vuelo que ellos, forzándolos al conformismo o a la emigración.

Sí, un país puede existir sin universidad nutriéndose del desborde cultural de otras naciones que le entregan su *visión del mundo* y, por lo tanto, también una tecnología apropiada a esa visión del mundo.

Tal vez en esa forma un pueblo pueda ser feliz, modesto pero valiente, simple pero honrado, gozando de la generosa visita de algunos sabios que quieren la vida sencilla y remota.

La universidad es prescindible, la nación no se desintegra, sólo se subordina a un curso cultural que tiene su centro fuera de ella; es decir, se vuelve provincia".

He allí una definición de la trascendencia que para un país tiene el contar con instituciones caracterizadas por algo más que el nombre de universidades y que den a quienes pasan por ellas esa "visión del mundo".

Los docentes definen a la universidad

Lo que caracteriza a una universidad es la calidad de sus profesores. No es casual que las universidades se hayan originado hace más de un milenio a partir de la reunión de personas interesadas en torno de quienes ellas consideraban modelos de conocimiento y de vida. Como decía Alfonso el Sabio en "Las Siete Partidas" hablando de los estudios generales, equivalentes a la actual universidad: se trata de un "ayuntamiento de maestros y de escolares que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes".

Hace años, el profesor Alfredo Lanari buscó ilustrar un artículo sobre facultades de medicina en el mundo con fotografías de las más reconocidas. Solicitó en ellas esas fotos y recibió imágenes de grupos de personas, el conjunto de los profesores de esas escuelas. Allí se entiende que la escuela "es" esos profesores y no su edificio.

Por eso, el principal factor para tener una buena universidad es contar con buenos profesores. Porque el objetivo central de una universidad es contar con buenos profesores. Porque el objetivo central de una universidad que pretende ser importante es que sus alumnos entren en contacto directo con personas excepcionales. Que las vean, las escuchen, las sientan pensar. Se trata de una cuestión de proximidad, de la vista y del oído. Como afirma George Steiner³, "el académico, el profesor significativo debe ser fácilmente visible. El alumno debe poder cruzarlo varias veces en su camino diario". La consecuencia, como en la polis de Pericles, la Bolonia Medieval o Tübingen del siglo XIX es lo que Steiner llama "la contaminación acumulativa". Esa contigüidad es la que hace que el estudiante o el joven investigador puedan llegar a ser irremisiblemente infectados. Que adquieran así el aroma de la cosa real. Los pensadores, los eruditos, los matemáticos o los científicos teóricos o de la naturaleza son seres poseídos. Es en la masa crítica de una comunidad académica exitosa donde se entrecruzan las órbitas de todas esas extrañas obsesiones individuales. En el campo que generan

esas mentes es donde el joven queda atrapado por la singular fascinación del pensar.

Una vez que los jóvenes han sido contaminados por el virus de lo absoluto, una vez que han visto, oído, hasta olido la fiebre y el fervor de aquellos que buscan desinteresadamente la verdad, persistirá en ellos algo de ese resplandor singular. Por el resto de sus vidas o de sus carreras, en la mayor parte de los casos rutinarias y poco distinguidas, esas personas llevarán dentro de sí alguna defensa contra el vacío interior.

Los elementos centrales de la educación superior

Henry Rosovsky⁴ señala que una persona educada debería:

1. ser capaz de escribir en forma clara y efectiva; de comunicar con precisión, congruencia y fuerza, adquiriendo además el entrenamiento necesario para pensar críticamente.
2. tener una apreciación crítica de la forma en que se obtiene el conocimiento y una comprensión del universo, de la sociedad y del hombre mismo. Esto implica una familiaridad informada con:
 - los métodos matemáticos y experimentales de las ciencias físicas y biológicas
 - las principales formas de análisis y las técnicas históricas y cuantitativas que permiten investigar el funcionamiento y el desarrollo de la sociedad moderna
 - algunos de los logros académicos, literarios y artísticos del pasado y las más importantes concepciones religiosas y filosóficas de la humanidad.
3. Conocer otras culturas y otras épocas para poder así visualizar la propia experiencia vital en contextos más amplios.
4. Poseer cierta comprensión y experiencia en problemas éticos y morales, desarrollar un juicio informado que le permita hacer elecciones morales discriminativas.
5. Haber adquirido profundidad en algún campo del conocimiento. Contar con los datos, teoría y métodos provenientes de alguna disciplina para definir algún tipo de problema concreto, desarrollar la evidencia y los argumentos que se pueden proponer en las distintas facetas de un mismo problema y llegar a las conclusiones basadas en una evaluación convincente de la evidencia.

¿Hacia donde vamos?

¿Es posible ofrecer a los estudiantes de hoy estas posibilidades de desarrollo personal? En las condiciones actuales del mundo, y en particular en las de nuestra sociedad, no resulta fácil ser optimista. Siendo generoso, podría afirmarse que son muy pocas las comunidades universitarias locales que brindan al alumno la ocasión de experimentar el

espectáculo del pensar de sus profesores, la experiencia que los inmuniza contra el vacío interior que pretende Steiner o que les proporcione los elementos de una educación como la deseada por Rosovsky.

Para cambiar este estado de cosas, resulta imperioso rediscutir la idea de universidad. Aclarar para qué nos sirve esa institución. Decidir si lo que queremos es contar exclusivamente con academias profesionales que enseñen mejor o peor un saber determinado o nos interesa tener al menos algunos de esos complejos organismos sociales, conocidos hasta aquí como universidad, que además transmitan los elementos esenciales que hacen que el hombre sea más completo, más "humano", que tengan una cierta "visión del mundo" a través de la culturización de la modernidad.

Volviendo a Morin¹ "la reforma del pensamiento es una misión social clave: formar ciudadanos capaces de afrontar los problemas de su tiempo. Esto permitirá frenar el menoscabo democrático que suscita en todos los campos de la política, la expansión de la autoridad de los expertos, especialistas de todo orden, que estrecha progresivamente la competencia de los ciudadanos.

De allí que la reforma de la universidad tenga un objetivo vital: la reforma del pensamiento que permitirá el pleno empleo de la inteligencia y la unión de las culturas disociadas cuya separación las empobrece: la cultura de las humanidades que alimenta la inteligencia general y la cultura científica, que aporta los nuevos conocimientos.

Un modo de pensamiento capaz de religar y solidarizar los conocimientos separados o desunidos se prolonga en una ética de la ligazón y de la solidaridad. La reforma del pensamiento tendrá consecuencias éticas y cívicas.

Para reencontrarse, la universidad debe mirar hacia atrás. Así se inscribirá más profundamente en su misión transecular y, asumiendo el pasado cultural, podrá avanzar hacia el nuevo milenio a civilizar".

REFERENCIAS

1. Morin, Edgar. Réformons la pensée. Le Monde de l'éducation. No. 252, octubre 1997.
2. Maturana, Humberto. ¿Es prescindible la universidad? Revista Ercilla, 27 de marzo de 1976.
3. Steiner, George. Errata. Weidenfeld & Nicolson, London 1997.
4. Rosovsky, Henry. The university. An owner's Manual. W.W. Norton Co. New York, 1990.